



La Santa Sede

RADIOMENSAJE DE SU SANTIDAD PÍO XII CON MOTIVO DE LA CLAUSURA DEL CONGRESO EUCARÍSTICO NACIONAL BOLIVIANO*

Domingo 30 de junio de 1946

Venerables Hermanos y amados hijos que, haciendo corona a Nuestro Legado, clausuráis con la presente solemnidad vuestro gran Congreso Eucarístico Nacional boliviano.

Entre las tristezas y las preocupaciones de la hora que por el mundo pasa, preocupaciones y tristezas que necesaria y amargamente repercuten una a una en Nuestro corazón de Padre, han llegado hasta Nos los ecos de vuestro Congreso como un refrigerio, como un soplo de fresca brisa que penetrase en las profundidades de un valle oscuro y caldeado; y Nuestro pensamiento ha volado a la amadísima Bolivia, la de la dura meseta de nevadas cimas, la de los anchos lagos, la del suelo con cimien-tos de plata; y al consideraros reunidos en la aristocrática Sucre, la noble y altiva Sucre, al veros de hinojos ante la Hostia Santa fundidos todos en un amor, sin diferencias de estirpes, ni de clases, ni de categorías sociales, para honrar al Rey de los reyes, Nuestro espíritu ha exultado en el Señor.

Y precisamente para poderos decir todo el consuelo que habéis procurado a Nuestra alma con tan soberbio y edificante espectáculo, os hemos querido hablar.

Nuestro corazón, todos los corazones donde todavía queda un resto de sentimiento y una huella de humanidad, se angustian y sufren porque ven que la tierra se va convirtiendo en el reino de la discordia, porque caen en la cuenta de que el mundo está cada vez más fraccionado con tan profunda escisión, que no solamente separa los pueblos unos de otros, sino que penetra en el seno de las naciones, divide las clases, siembra el odio entre los hermanos y va dificultando más cada vez la armonía de los que para vivir tienen que convivir.

¿Quién, oh amadísimos hermanos e hijos, quién dará al mundo la estabilidad y la paz? El odio, responden unos; y para acelerar el infernal remedio exacerbaban el malestar y ponen luego las

armas en las manos de aquellos que han arrastrado al borde de la desesperación. Pero otros, los mejores, responden: ¡el amor! y eso es lo que en este momento estáis demostrando en una nación donde precisamente la Providencia ha hecho convivir estirpes tan antiguas y tan diversas; en un pueblo, donde el que se gana la vida con el trabajo de sus manos sabe lo que es sudar en las entrañas de la tierra.

El amor, el Sacramento del amor es lo único que puede amortiguar la furia del egoísmo, raíz de todas las dificultades, ahogándolo en la caridad : «*caritas... non quaerit quae sua sunt*»: la caridad... no busca sus intereses (1Cor 13, 4-5); el amor, el Sacramento del amor, es la solución de todas las diferencias y la base de toda unidad : «*Quonian... unum corpus multi sumus, omnes qui de uno pane participamus*» porque todos los que participamos del mismo pan, venimos a ser... un solo cuerpo (1Cor 10,17): el amor, el Sacramento del amor ha de ser lo que borre las injusticias sociales y enseñe a soportar los trabajos, que por necesidad existirán siempre en esta vida. En una palabra, amadísimos congresistas bolivianos, ante Nuestros ojos aparecéis en este momento como una familia, donde los miembros se quieren bien y están sentados a la Mesa común para repartirse el común Pan, que da la vida al hombre; y Nos persuadimos una vez más de que solamente en este espíritu eucarístico de caridad será posible la paz interior y exterior de las naciones.

Vosotros, con la fina sensibilidad que os caracteriza, habéis dado a vuestro Congreso este sello social, tan a tono con una de las preocupaciones principales del día. Nos queremos solamente quemar ante el Dios eucarístico, en esta solemne ocasión, el incienso de Nuestra plegaria, para que sin tardanza se puedan ver los frutos del Congreso en la elevación de la estirpe aborigen, en la sanidad moral de la familia, en la profundidad de la vida religiosa y, sobre todo, en uno de los mayores dones que un pueblo cristiano puede recibir, en la abundancia y santidad de los sacerdotes, que os han de llevar hasta el altar y os han de distribuir con sus manos consagradas este Sacramento de unidad y de amor. Y para que Nuestras oraciones sean acogidas con más seguridad, queremos depositarlas en las manos de vuestra Madre y Reina, de Nuestra Señora de Copacabana, volviéndonos confiados —con las palabras del piadoso anónimo— «a esta piedra divina, / que es donde el oro de la fe se afina /. Pues quien la tiene halla por su medio / bonanza, fruto, paz, salud, remedio».

Dios colocó a vuestra Patria en el centro de la América meridional, y quiso darle luego una capital adornada con el simbólico nombre de La Paz. Como para completar el pensamiento, se os han unido en asamblea pacífica vuestros Hermanos del Perú, de Chile, de la Argentina, de Uruguay, de Paraguay y de otras naciones. ¡Ojalá que así como la sangre salta desde el corazón hasta las más remotas extremidades, así este anhelo, esta promesa de paz social, partiendo de vuestro Congreso como centro, se extienda y llene pronto todo vuestro continente! Entonces sí que la Eucaristía, «*Sacramentum caritatis, quae est vinculum perfectionis*» [1], habría producido completamente su efecto.

Con el ferviente deseo de que tales esperanzas se conviertan cuanto antes en fecunda realidad, os bendecimos a todos los presentes : a Nuestro Legado, que con tanta dignidad! ha ocupado el lugar Nuestro; a Nuestros Hermanos en el Episcopado con todo su clero; a las autoridades y a todos los fieles; y con vosotros, bendecimos al amado pueblo boliviano, presente siempre en Nuestro corazón de Padre.

* AAS 38 (1946) 276-278.

[1] Santo Tomás de Aquino, *S. Th.*, 3 p., q. 73, art. 3 ad 3um
